

a) La pelota de goma.

Fue a media mañana. El son de las campanas bajó con un pálpito que sobrecogía. Más de uno esperaba el desenlace, pero no todos; yo, al menos, no. Los caballos se partían el pecho atravesando la Frontera. Cada viaje era cuestión de vida o muerte. La penicilina, nueva en el mundo, había llegado a Portugal antes que a nuestro pueblo. Un día mi padre fue por ella; el mismo día en que las jóvenes de España vestían de luto por la muerte de un gran torero. Las pelotas para nuestros partidos eran trapos liados y rematados por un calcetín. Los caballos trajeron, junto a la medicina, una pelota de goma para nuestro amigo Evangelista. Yo guardo, aún, el olor de su goma dura y negra. La medicina que tanto bien hizo a muchos no pudo vencer su mal.

b) Blancas lunas.

Noche de invierno. Aúlla el lobo rondando el chiquero. Diego, nuestro pastor amigo, corre con su garrote y Mario, el fiel zagal, le sigue autómata con el zurrón a cuestas. Al alba, hecha la calma, las cabrillas campean y rumian sueños en prados verdes y en aguas claras. Luego, cuando las sombras todo lo desdibuja y todo lo desangela, regresan perezosas a la querencia. Cae la tarde; monotonía en las esquilas, somnolencias en los ballidos y en el toril apretujones y topadas. Paciente, el pastor acaricia con nudillos prietos prietas ubres, haciendo brotar níveos surtidores que repiquetean en el caldero. Sube el zagal la carga espumosa y, en el entremijjo, María Barroso moldea todo un cielo de blancas lunas prensadas para la taleguilla de mi jira en el carro de Manolo Morón.

c) Duelo en el pueblo

Siete años tenía cuando me revestí por primera vez. Fue un momento solemne. Yo no recuerdo, después de aquel sepelio, ningún otro que uniese más al pueblo. Para mí, fue una muerte inesperada. Ese día, con mi primer revestimiento, inicié una larga carrera de monaguillo. Me remangaron la sotana y con una tomiza sujetaron todo el largo que sobraba; con el roquete encima, no se notaba el amasijo. Me tocó llevar la naveta, tan repleta de incienso que apenas si cabía la cucharilla. De la difunta, me traen el recuerdo la D del primer reclinatorio que hubo en la iglesia, el largo mostrador de la tienda de su casa y los olores de su jardín.